
CAPITULO XXII.

Relacion de las operaciones del sitio de Méjico.

*— Tentan un asalto los españoles , es-
perimentan una derrota.*

Entretanto se dirijia Cortés con su escuadra hácia una isla situada cerca de Méjico , en donde habian buscado asilo muchos de sus moradores. Luego que tuvieron los enemigos conocimiento de este proyecto reunieron todas sus fuerzas navales y mas de cuátro mil canoas embistieron animosamente contra los bergantines. Dispuso Cortés sus navios formando una espaciosa media luna , á fin de dilatar la frente y pelear

con mas libertad. Hasta entonces detenidas las embarcaciones españolas por una hermosa bonanza, no habian podido maniobrar sino por medio de remos, pero cuando se acercaron las canoas, dejóse sentir una ligera brisa; en un instante quedaron desplegadas las velas, y los bergantines penetrando en medio de sus enemigos con una impetuosidad á la cual no podian resistir, echaron á pique una multitud de aquellos buques; destruyó tambien muchos la artilleria y los pocos que quedaron fueron perseguidos hasta que entraron en las acequias de la ciudad.

Luego que vió Olid desde lo alto del gran templo de Cuyoacán el resultado de este combate, marchó en órden de batalla siguiendo la calzada para tomar posesion de algunas trincheras y para derrotar completamente á los mejicanos. Al mismo tiempo atacó Cortés un fuerte inmediato y logró ganarlo á pesar de una ciega resistencia. Con la toma de este baluarte pudo dominar los dos caminos de la capital y establecer sus comunicaciones con el acantonamiento de Olid; en consecuencia estableció en él su cuartel general y para poner á sus tres divisiones al abrigo de los ataques de las canoas, dividió su escuadra en tres partes; de este modo tenia cada comandante cuatro bergantines para secundar sus operaciones.

Empezaron desde este momento continuos ataques y retiradas, continuas maniobras y es-

caramuzas. Todas las mañanas atacaban los españoles los parapetos que habia en la calzada y pasaban á la otra parte del canal y de las trincheras, esforzándose en penetrar dentro de la ciudad, y cuando quedaban inútiles todos sus esfuerzos, cuando eran rechazados por los valientes mejicanos volvian á retirarse en sus cuarteles. Así renovábanse cada dia las fatigas y peligros, reparando los mejicanos por la noche lo que se habia destruido durante el dia y volviendo á ocupar los puestos de los que habian sido espulsados, porque los españoles rendidos de cansancio, no podian guardar sus posiciones. Pasóse un mes en estas alternativas; mostraban los mejicanos en sus defensas tanto valor como los españoles en sus ataques. Muchos soldados de Cortés habian sido muertos, la mayor parte heridos, y todos estaban próximos á sucumbir á los trabajos de un servicio que ningun descanso les dejaba y que venia á ser aun mucho mas difícil, porque empezaban ya caer las lluvias con su ordinaria violencia.

Por otra parte, el resultado que Cortés se habia creído poder obtener haciendo romper los acueductos, era eludido fácilmente, porque los naturales iban con sus canoas á proveerse de agua fresca en las poblaciones comarcanas, y como trasportaban al mismo tiempo provisiones de todo género, no podia concebirse la esperanza de rendir á Méjico por hambre. Quiso Cortés impedir las comunicaciones destinando dos

bergantines para recorrer el lago , pero los mejicanos obligados por la necesidad á ser ingeniosos, enviaban sus canoas hácia diferentes direcciones , burlando de este modo la vigilancia de los bergantines. Se valieron ademas de una estratagemata que prueba hasta que punto habian sabido aprovecharse de las lecciones de los españoles. Hicieron construir treinta grandes piraguas las cuales empavesaron con gruesos tablonnes para recibir la carga y pelear menos descubiertos. Durante la noche salieron á ocupar unos carrizales, ó bosques de cañas palustres, que producía en algunas partes la laguna, tan densas y elevadas, que venian á formar diferentes malezas impenetrables á la vista. Llevaron allí tres ó cuatro canoas llenas de víveres á fin de que sirviesen de cebo á la emboscada, y bastante número de gruesas estacas, las cuales fijaron debajo del agua, para que chocando en ellas los bergantines se hiciesen pedazos, ó fuesen mas fáciles de vencer. En efecto al dia siguiente salieron á correr aquel paraje dos bergantines de la division de Sandoval, y al apercibirse de las canoas cargadas de bastimentos se adelantaron con todo el impetu de los remos arrojándose sobre la presa que juzgaban asegurada, mas á breve rato dieron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos y en estado que no podian retroceder ni pasar adelante. Salieron al mismo tiempo las piraguas enemigas de enmedio de los cañaverales y cargaron por todas

partes con desesperada resolucion; tuvieron necesidad los españoles de valerse de todo su valor, de todos sus esfuerzos para sostener el combate, entretanto que algunos buzos armados de hachas iban apartando todos los estorbos; despues pudiendo maniobrar mas fácilmente dispararon las piezas de artilleria, cuyas descargas obligaron á las piraguas retirarse sin experimentar ninguna pérdida, mientras que tuvieron los españoles muchos muertos, comprendiendo en ellos los dos capitanes que mandaban los bergantines.

La esperanza de lograr un éxito mas completo, mas satisfactorio impulsó á los mejicanos á emplear de nuevo el mismo ardid. No pasó desapercibido á Cortés su movimiento, quien cogióles en su propio lazo, envió sucesivamente seis bergantines á emboscarse en un paraje igualmente cubierto de cañas, poco distante del en que estaba oculto el enemigo. Al amanecer salió un bergantin aparentando ir en busca de las canoas y se acercó á las piraguas ocultas todo lo que fué necesario para finjir que las habia descubierta, tomando en seguida la vuelta precipitadamente. Corrieron las piraguas á perseguir el bergantin fujitivo, celebrando ya con grandes y estrepitosos gritos de alegría esta gloriosa presa; cuando se hallaron á una distancia conveniente, adelantáronse á recibirlas los otros bergantines, saludándolas tan cruelmente con su artilleria, que á la segunda descarga ya no existia mas que una de estas embarcaciones.

Los prisioneros que á cada instante iban llegando daban horriblos detalles sobre la situacion de Méjico, en donde empezaba el hambre á ejercer terribles estragos; con este motivo se veló mas en prohibir la introduccion de viveres. Puso entonces Cortés en libertad á tres de los principales prisioneros, encargándoles que hiciesen al emperador proposiciones de paz con la sola condicion de que reconociese la soberania del rey de España. Algunos dias despues manifestaron nuevos cautivos que habia recibido Guatimozín bastante favorablemente esta proposicion y que habiendo convocado á todos sus caciques, les representó el miserable estado de la ciudad y pareció estar dispuesto á aceptar la paz. Participaron desde luego los caciques de estos sentimientos, pero mudaron de pensar fácilmente, porque los sacerdotes, cuyas decisiones estaban acostumbrados á respetar, se opusieron á admitir la paz, fingiendo no lo querian sus dioses, y en consecuencia toda la asamblea no pudo menos de seguir su dictámen.

Luego que estuvo informado Cortés de esta resolucion, apresuróse á hacer un esfuerzo gigantesco para quedar dueño de la ciudad. Recibieron Alvarado y Sandoval orden de adelantarse con sus divisiones, y él mismo se puso al frente del cuerpo que se hallaba estacionado en la calzada de Cuyoacán. Animados por su presencia y por la esperanza de algun acontecimiento decisivo, atacaron los españoles con una impetuo-

sidad á la cual nada resistió, derribaron todos los parapetos, saltaron los fosos y canales y llegaron á la ciudad en donde fueron ganando terreno. No se olvidó Cortés en medio de la satisfaccion que le causaba la rapidez de sus progresos, de tomar todas las precauciones necesarias para la seguridad de la retirada; encargó á Julian de Alderete que cegara los canales, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercándose á la batalla por las acequias mayores. Juzgó este oficial que no era decente á su persona semejante ocupacion, y al ver á sus compañeros en lo mas reñido del combate y en el camino de la victoria, lanzóse á la pelea abandonando el importante cuidado que se le habia confiado. Tuvo al instante Guatimozín noticia de esta negligencia y considerando las grandes ventajas que podia sacar de ella, se dispuso á aprovecharlas. Ordenó á las tropas que combatian de frente cedieran terreno poco á poco, á fin de que se adelantaran los españoles, y por diferentes partes envió un numeroso cuerpo á la brecha que en la calzada habia. A una señal convenida hicieron resonar los sacerdotes el tambor consagrado al dios de la guerra, luego que oyeron los mejicanos esos lúgubres y solemnes sonidos, precipitáronse con nueva furia exaltada por el fanatismo y por la esperanza de vengarse. Retiráronse los españoles lentamente y en buen orden, mas los enemigos les persiguieron con encarnizamiento sin igual y de

tal modo les acosaron, que viéronse perdidos, introduciéndose en sus filas el terror y la confusión; al llegar á la brecha de la calzada, españoles y aliados, infantería y caballería caían revueltos y confundidos; los mejicanos se aprovecharon entonces de este desorden y se arrojaron sobre ellos con rabia y frenesí. Inútiles fueron los esfuerzos de Cortés para detener á sus soldados y ponerlos en fila, porque el temor los hacia sordos á sus súplicas y á sus órdenes. No pudiendo en fin conducirlos al combate, ocupóse en salvar á algunos de los que habian caído en el agua, pero mientras que se entregaba á ejercer este acto humanitario despreciando su propia seguridad, se echaron sobre él seis mejicanos é iban á destinarlo al sacrificio de sus dioses; afortunadamente fueron á socorrerle dos de sus oficiales y lograron ponerlo en libertad, no sin haber recibido muchísimas heridas. Perdieron los españoles mas de 60 hombres, y lo que hacia esta pérdida mas cruel y mas dolorosa era el haber caído unos cuarenta en poder de los enemigos, quienes iban á darles una muerte todavía mas terrible.

No habian sido mas afortunados Alvarado y Sandoval. Fué el primero viva y animosamente perseguido por los mejicanos, quienes despues de la derrota de Cortés habian reunido contra él todas sus tropas, á fin de atemorizarlo, de desmayarlo le enseñaban las cabezas de muchos soldados, diciéndole que eran las de Cortés y de

Sandoval, y que él y sus compañeros experimentarían pronto la misma suerte. Temió Alvarado alguna catástrofe, ya por hallarse distante de las otras divisiones, ya por ver que sus enemigos iban aumentándose considerablemente, por consiguiente no le quedó otro recurso sino el de tocar la señal de retirada, la cual se operó con bastante dificultad; sin embargo ninguna pérdida tuvo que lamentar.

Sandoval por su parte hacia progresos rápidos, ya iba á quedar para él la victoria, cuando cambió de repente la faz del combate con la derrota de las otras divisiones. Al encontrarse los mejicanos con solo un adversario, emplearon contra él todas sus fuerzas; á pesar de una heroica defensa vióse obligado á ceder al mayor número y á volver entrar en su primera posición. Así en todos los puntos salieron vencedores los mejicanos.

Al acercarse la noche encontráronse los españoles en una situación deplorable, en una situación tristísima. Oían los gritos de triunfo y el tumulto del horrible festín con que celebraban los mejicanos su victoria; estaba iluminada toda la ciudad y el templo principal resplandecía tanto, que se podían distinguir fácilmente todos los alrededores llenos de un inmenso gentío y los sacerdotes dispuestos á hacer los preparativos para la muerte de los prisioneros. Conocían los españoles á sus compatriotas con la blancura de la piel; veíanlos desnudos y obligados á danzar

ante la estatua del dios al cual iban à ser inmolados; oian sus gritos, sus lamentos y creianse distinguir cada víctima al sonido de su voz. Aumentaba la imaginacion el horror de estos cuadros; prorrumpian los mas insensibles en copiosas lágrimas y temblaban los mas animosos al presenciarse este horrible espectáculo. Diaz, que formaba parte del destacamento de Alvarado y que se hallaba cerca de la ciudad por estar estacionado en la calzada de Tacuba, describe así la impresion que le causó esta espantosa escena: «Antes de haber visto abierto el pecho de mis compañeros, sus corazones palpitantes ofrecidos á un asqueroso idolo y devoradas sus carnes por nuestros crueles é implacables enemigos, estaba acostumbrado á marchar al combate con ánimo y resolucion. Pero desde este momento peleé siempre con los mejicanos con un secreto horror y me estremecia al pensar en la muerte cruel que habian sufrido nuestros amigos.»

Partieron Cortés con sus soldados los sentimientos que le inspiraba este funesto acontecimiento, tenia que padecer aun las tristes reflexiones que aflijen á un general que ha sufrido una derrota, y no podia consolarse como ellos dando libre curso á sus pensamientos. Para sostener el valor de sus compañeros, para reanimar sus esperanzas, veíase obligado á afectar una tranquilidad que no tenia; pero las circunstancias en que se hallaba exijian de su parte la mas grande firmeza. Altivos y orgullosos los mejicanos

con su victoria atacáronlo al dia siguiente por la mañana en sus cuarteles; enviaron las cabezas de las víctimas á los caciques de las provincias, asegurándoles que apaciguado el dios de la guerra por la sangre sobre sus altares derramada, habia manifestado en alta voz á todos los sacerdotes, que antes de ocho dias serian completamente derrotados los enemigos y restablecidas la paz, la dicha y la prosperidad en todos los puntos de su imperio.

Fué adoptada universalmente por un pueblo fanático y supersticioso semejante prediccion con tanta confianza publicada. Mientras que de todas partes corrian á empuñar las armas los habitantes de las provincias que habian permanecido fieles á los mejicanos, los indios aliados abandonaban á los españoles, dejándolos casi solos. En vano se esforzó Cortés en disipar sus temores, y viendo que nada podia adelantar, suspendió todas sus operaciones hasta que hubiese pasado el tiempo fijado por el oráculo, confiando que podria demostrar de este modo la impostura y volver á reunir en torno suyo á sus aliados llenos de pánico terror.

CAPITULO XXIII.

Prision de Guatimozín. — Rendicion de Méjico.

Espiró el término fatal sin que ninguna catástrofe sufriesen los españoles; avergonzados entonces los aliados de su credulidad volvieron al ejército; juzgando otras tribus que los dioses que de este modo acababan de engañar á los mejicanos habian abandonado este imperio, se declararon á favor de los españoles, y Cortés pudo reunir numerosísimas tropas, porque habia llegado al mismo tiempo á la Vera-Cruz un bajel con algunos hombres y cargado tambien de pólvora, la que empezaba ya á escasear. Adoptó

Cortés otro sistema de ataque; en lugar de intentar apoderarse de un golpe, digámoslo así, de toda la ciudad, determinó ir acercándose y conquistar el terreno por grados. Fueron los aliados venciendo las fuerzas que habia en la calzada y á medida que iban fortificándose en un cuartel, arruinaban todos los edificios contiguos, de modo que se encontraron por ultimo los mejicanos encerrados en un estrecho círculo en donde no podian obrar. Además de cambiar Cortés su plan de ataque hizo tomar á los españoles armas nuevas; dióles las largas lanzas de Chinantlá con las cuales podian rechazar sin peligro á los enemigos que les atacaban sin orden. Percieron en estos combates muchos mejicanos; devastada la ciudad por la guerra estaba abandonada al propio tiempo á todos los horrores del hambre; dueños del lago los bergantines impedian la entrada de las provisiones que por aquella parte podian venir, y los aliados cerraban todas las avenidas de la tierra firme. Estaban exhaustos los almacenes que habia hecho llenar Guatimozín, la miseria cundia por todos lados y por fin todas las enfermedades mortales y contagiosas llenaron para los mejicanos la medida de sus males, de sus desgracias.

Durante uno de estos ataques llegó la division de Alvarado hasta la plaza principal, en donde se vió envuelta en densas nubes de tiros dispersados desde el atrio superior del templo que estaba ocupado por un sinnúmero de nobles y de

sacerdotes; asaltó el intrépido Alvarado este importante puesto, puso fuego á los ídolos y enarbolando sobre las murallas el estandarte de Castilla, enseñó á sus compatriotas el camino que debian seguir. Animado Cortés con este ejemplo redobló sus esfuerzos, y el 28 de junio ocupó todo el ejército la plaza principal alojándose en ella. Estaba ya vencida la mayor dificultad del sitio; quedaba no mas á los mejicanos una cuarta parte de la ciudad y en un círculo tan reducido no podian defenderse.

Solían algunas veces salir gefes enemigos con el intento de desafiar á los soldados españoles. Uno de estos arrogantes acercóse un dia al cuartel del general, indicaban sus adornos ser un sujeto de elevada categoría; iba armado de una espada y un escudo lo que habria tomado indudablemente de algun español muerto por él. Repitió dos ó tres veces su reto con el mayor descaro, de modo que cansado Cortés de sus voces y ademanes, le hizo decir por su intérprete; «que si queria traer otros diez soldados como él, permitiria que pasase á batallar con todos juntos *aquel español*», señalando á su page de rodela. Conoció el mejicano este desprecio, pero sin darse por entendido, volvió á la porfia con la mayar insolencia. El page que se llamaba Juan Nuñez de Mercado y que tenia unos diez y siete años, persuadido de que le tocaba el duelo, como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente, pasó el foso y cerró con

el mejicano que ya le aguardaba prevenido. Recibió Nuñez con la rodela su primer golpe y le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolución, que sin necesitar de segunda herida, cayó muerto á sus pies. Fué luego á ofrecer á su amo la espada y la rodela del vencido, y Cortés quedó tan satisfecho del valor de este jóven que le abrazó repetidas veces y él mismo le ciñió la espada que habia ganado, confirmándole de este modo el título de caballero que habia adquirido por su heroica accion y alcanzando un gran renombre y fama entre los mas valientes soldados del ejército.

Establecido ya Cortés en la plaza principal confió el mando de la flota á Gonzalo de Sandoval, quien debia atacar la ciudad por la parte del lago, mientras que él tentaria un último asalto. Alarmados con estos preparativos los nobles de Méjico y solícitos por salvar la vida de su emperador, le aconsejaron que abandonase una capital en la que ya no podia defenderse por mas tiempo y pasase á las provincias lejanas del imperio, en donde podria excitar á los pueblos á que tomaran las armas peleando de este modo con menor desventaja. Para facilitar la ejecucion de este proyecto, procuraron ocupar á Cortés con proposiciones de paz, á fin de que pudiese Guatimozin escaparse durante el curso de las negociaciones. Pero Cortés era demasiado esper-to para dejarse engañar por sus artificios, sospechó sus designios, sus secretas intenciones y

recomendó por consiguiente á Sandoval la mas exacta y escrupulosa vigilancia. Cumplió este puntualmente sus órdenes, no tardó á ver grandes canoas que atravesaban el lago con la mayor rapidez é hizo la señal de ataque. Alcanzólas luego Garcia Holguin que era capitán del bergantín mas ligero y se disponia á hacer fuego contra el mas adelantado en el que parecia iba un hombre al cual obedecian los demas, al instante soltaron los remeros sus remos, y todos los que estaban en la canoa, renunciando á hacer resistencia, pidieron con lloros y lamentos que no se disparase, que se detuvieran aquellas gentes, porque iba en su embarcacion el emperador. Saltó Holguin en la piragua acompañado de algunos hombres y adelantándose hácia él Guatimozin: «Yo soy, dijole, vuestro prisionero y seguiré á donde querais, solamente os suplico que respeteis la persona de la emperatriz.» Pasó inmediatamente al bergantín y dió la mano á su esposa para ayudarla á subir. Despachóse luego una canoa para ir á participar á Cortés esta interesante noticia; envió el general dos compañías para asegurarse de la persona del emperador y salió bastante léjos para recibirle, lo que hizo con grande urbanidad y reverencia. Cuando llegaron á la puerta del alojamiento, entró Guatimozin el primero junto con su esposa, no mostrando ni la sombría ferocidad de un bárbaro, ni el abatimiento propio de un prisionero. «Yo he cumplido, dijo, con el deber de un rey, he de-

fendido á mi pueblo hasta el último trance y solo me resta morir, toma, valeroso capitán, ese puñal, clávalo en mi pecho y termina de este modo una vida que ya no puede serme útil.» Al acabar de pronunciar estas palabras abandonóle su firmeza, ahogaron los sollozos su voz, copiosas lágrimas inundaron también el rostro de la emperatriz y Cortés mismo vióse obligado á hacer violencia á la compasión que le causaba este triste y tierno espectáculo; respetó por algunos instantes el dolor de estos ilustres afligidos, esforzose despues en consolarlos, asegurándoles que se les trataria con el mas profundo respeto y que continuaria el emperador en su reinado, si queria reconocer la soberania del rey de España.

Era Guatimozin un jóven de unos 24 años; su talle de bien ordenada proporcion, alto y robusto al mismo tiempo; su tez mas blanca que la del comun de los indios y su aire noble y marcial. La emperatriz que seria al parecer de la misma edad que su esposo tenia en sus maneras, en sus acciones algo de varonil, pero á la par de esto sus ojos eran muy vivos y su cuerpo muy gracioso. Cuando supo Cortés que era hija del gran Moctezuma repitió sus ofrecimientos volviendo á asegurarla su respeto, mostrándose mas estrechamente obligado á atestiguar á esta bella princesa la veneracion que conservaba aun á la memoria de su ilustre padre.

Luego que conocieron los mejicanos la suerte

de su monarca, dejaron de hacer resistencia, suspendiéronse las hostilidades y tomó Cortés posesion de la parte de la ciudad que no habia sido destruida el 13 de agosto del año 1521. Asi quedó terminado este sitio, el mas memorable acontecimiento de la conquista del Nuevo Mundo; habia durado setenta dias, noventa y tres, segun Solís, durante los cuales ninguno pasó sin hacerse notable por algun esfuerzo extraordinario de valor ya por parte de los sitiadores, ya por parte de los sitiados.

El estado en que se halló la capital probó evidentemente la bizarra y heróica defensa de los mejicanos. Por todas partes se encontraron escombros y ruinas; aqui y alli se veian parapetos derribados á balazos, montones de cadáveres, tristes despojos de la guerra; todas las calles y plazas estaban llenas de heridos, de infelices estenuados y macilentos; lástimas, horrores, miserias hé aquí lo que á la vista se presentaba. En todos lugares reinaba un silencio sepulcral interrumpido de vez en cuando por los ayes y lamentos de los que habian escapado de las catástrofes; el pálido aspecto de la muerte se reflejaba en todos los puntos de la ciudad, á dó quiera que uno se dirijiese, el cuadro sangriento y sombrío que se le presentaba, no podia menos de herir gravemente su imaginacion y causarle cierto miedo, cierto espanto. Encontráronse unos patios y casayermas en donde estaban amontonados infinitos cadáveres, los cuales habiéndose corrompido con el calor y la lluvia, exhalaban un olor infecto y

habian sido el jérmén de esta terrible epidemia que desoló por fin esta ciudad, en la cual causaba el hambre todo linaje de horrores. Bajo ese aspecto no era tampoco muy dichosa la situacion de los españoles; como era tan grande el número de los aliados era difícil darles regulares distribuciones de viveres, empezando ya á hacer algunos estragos la carestia. Obligados constantemente españoles á estar sobre las armas no tenian un instante de reposo, y para curar las heridas de los que estaban casi todos cubiertos, serviales de único remedio el agua fresca; pero todos estos males reales y verdaderos eran aumentados con el triste pensamiento de la suerte que les estaba reservada, si tenian la desgracia de caer vivos en manos de sus implacables enemigos.

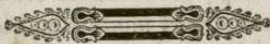
El espantoso cuadro que presentaba la ciudad, el aire inficionado que en ella se respiraba, la falta de lo necesario que se notaba, otras causas en fin hicieron determinar á Cortés á retirarse mientras que se la limpiaria. Mandó que salieran todos los habitantes que habian quedado aun, y durante tres dias y tres noches desfilaron por las calzadas, hombres, mujeres, niños, ancianos, excitando la compasion de los vencedores por la miseria y extrema flaqueza á que estaban reducidos.

No están de acuerdo los historiadores sobre la pérdida que esperimentaron los españoles durante esta expedicion; comparando atentamente sus

relaciones parece que ascendia aquella á mas de 100 hombres, muertos en los combates ó sacrificados á los ídolos. Perdieron los aliados muchos miles de soldados, los mejicanos sufrieron tambien por su parte una derrota de consideracion; pretende Cortés que tuvieron mas de 100,000 muertos en la guerra y que perecieron mas de cincuenta mil de hambre ó por enfermedad.

Después de la rendicion de Méjico, consideró Cortés como acabada la conquista del imperio, sabia que estaban reunidas las principales fuerzas del pais para defensa de la capital y que por consiguiente muy pocas dificultades encontraria para poder someter las provincias; privadas de su emperador, aterrorizadas por la suerte de Méjico, las tribus aun mas guerreras ningun obstáculo opondrian á los progresos de las victoriosas armas de los españoles. Del modo como lo habia previsto Cortés, la rendicion de Méjico debia ser necesariamente el punto culminante de la expedicion, y en efecto, de ella se derivó la entera conquista de este inmenso pais del Nuevo Mundo. Son dignos de todo elogio el valor, el denuedo y la perseverancia que desplegaron los españoles durante este memorable sitio. Sin embargo á pesar de su ardiente entusiasmo y de su firmeza que nada pudo abatir, es dudoso á lo menos que hubiesen podido llevar á cabo esta gigantesca empresa sin el auxilio de sus aliados, 900 hombres por bien disciplinados y armados que estuviesen; la rivalidad de las provincias de Ana-

huac, la desunion que entre ellas y Méjico reinaba, sirvieron admirablemente para secundar los planes de Cortés, quien supo adquirir sobre estos pueblos un ascendiente bastante poderoso para hacerlos servir á la ejecucion de sus grandiosos proyectos.



CAPITULO XXIV.

Acontecimientos que se operaron despues de la rendicion de Méjico.

Pocos dias despues de la rendicion de Méjico envió Cortés sus principales capitanes á las provincias no visitadas todavia para subyugarlas y formar en ellas establecimientos. Era altamente prudente esta conducta; ademas de que por este lado estendia sus conquistas y daba nuevas ocupaciones á sus soldados, haciéndoles de este modo distraer y olvidarse de sus quejas y lamentos. Marcharon hácia diferentes direcciones Sandoval, Olid y otros no menos ilustres oficiales,